

y en su estructura dialógica que posibilita no sólo el desdoblamiento del narrador en dos personajes diabólicos, “uno chapetón y otro baqueano”, sino también la incorporación de la otredad americana. De manera similar, al proponer una “lectura contracultural” del drama de Espinosa Medrano, Chang-Rodríguez se vale de la adaptación periférica del Barroco por un escritor versado en latín y bilingüe quechua-español, erudito renacentista pero también versificador quechua, para afirmar que “los símbolos del Barroco contrarreformista son subvertidos desde la periferia por un polígrafo peruano cuyo más caro anhelo fue, paradójicamente, integrarse a ese mundo a través del saber tan brillantemente desplegado en sus escritos” (205). Finalmente, para la autora de estos ensayos, “*Usca Paucar*, un olvidado drama quechua, se inscribe en el discurso literario hispanoamericano para iluminarlo y enriquecerlo al elaborar un añejo tema y representar la dolorosa realidad del protagonista, un indio andino que se debate entre el pecado y la salvación, entre la rebeldía y la sumisión” (245).

En síntesis, a lo largo de todo el libro, desde el primer apartado hasta el tercero en que se estructura formalmente, hay un esfuerzo por rearticular propuestas literarias todavía marginales o periféricas dentro de la historia literaria. Pero, hasta donde yo entiendo, los ensayos de Chang-Rodríguez insisten en algo muy importante: ni los condes, ilustrados, letrados y criollos de la Colonia son totalmente occidentales; ni lo periférico, marginal o algunas veces hasta subversivo del discurso literario colonial, es patrimonio absoluto de indios, mestizos y mujeres. Todos ellos, de un modo u otro, son disidentes. Para revelar esta condición, la perspectiva de interpretación crítica se sitúa más bien —y tal vez aquí radique su mayor aporte— en un plano de intercambios culturales muy dinámicos, donde el espacio heterogéneo (América) deja huellas en los textos que se producen en el Nuevo Mundo y donde el poder de la escritura, la religión, los mitos y los rituales, sirve en forma contradictoria a empresas de subversión, destrucción y dominación al mismo tiempo.

*Indiana University*

JULIO E. NORIEGA

CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA y ALONSO RAMÍREZ. *Infortunios de Alonso Ramírez*. Edición de Estelle Irizarry. Río Piedras: Editorial Cultura, 1990.

Cuando parece que la crítica ha agotado las posibilidades de comprensión de una obra considerada históricamente como clásica, surge una nueva herramienta crítica que gesta una diferente aproximación. *Los infortunios de Alonso Ramírez* (1690) es una de las narraciones del Barroco hispanoamericano más estudiadas por ser considerada la primera novela de la América hispana, y por presentar más de un dilema crítico aparentemente insoluble. Hay dubitación acerca del género literario al que pertenece, la ficción o la historiografía, y acerca de la sospecha de que la autoría del célebre Carlos de Sigüenza es eclipsada por la presencia del puertorriqueño Alonso Ramírez, quien parece salirse del mundo de la ficción y del papel de narrador, para adentrarse en la realidad histórica de la biografía.

La edición de Estelle Irizarry, de Georgetown University, presenta cuatro valiosas aportaciones: 1) Un sucinto estudio crítico de las diferentes consideraciones que esta

novela ha recibido a través de la historia, con información sobre el autor, la época y el protagonista; de este último esclarece lo que en esta edición se califica de “los cinco misterios de Alonso Ramírez”; 2) Un estudio estilométrico de la novela para probar la hipótesis de la doble autoría y la existencia histórica del personaje protagonista; 3) Una edición facsimilar de la edición príncipe de 1690, y 4) Una edición modernizada y regularizada, primera en considerar la obra como “primordialmente puertorriqueña” (14), además de un glosario y una bibliografía.

Irizarry ha editado numerosos artículos sobre el cómputo aplicado a las humanidades, en *Hispania*, *Computers and the Humanities* y *Foreign Language Annals*. El estudio estilométrico que hoy publica compara varios elementos sintácticos y lingüísticos, como la longitud de frase y de segmento verbal, así como el uso y variedad de vocabulario de *Infortunios*, en comparación con otras tres obras de Sigüenza: *Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento* (1691), *Alboroto y motín de 1692*, y *Mercurio volante* (1693). Los resultados son concluyentes de la existencia de dos autores, por la presencia de dos vocabularios y dos estructuras lingüísticas, y por el hallazgo de una gran disparidad lingüística entre esta obra y los tres opúsculos de Sigüenza. La investigadora concluye la coautoría de Ramírez con estas palabras:

A base de la evidencia textual, histórica y computacional, no dudo de que *Infortunios* es una obra en gran parte puertorriqueña. La personalidad del narrador puertorriqueño y su modo de expresarse se traslucen innegablemente en el texto escrito por la pluma de Sigüenza (65).

Esta edición posee la rara cualidad de servir tanto al estudioso del Barroco hispanoamericano, como al estudiante graduado. La larga introducción es un ejemplo de síntesis didáctica, en sus ochenta y cuatro páginas quedan patente las consideraciones más importantes que la crítica ha tenido de esta obra, las que sirven de preámbulo a la propuesta y comprobación de la doble autoría. Por primera vez ha quedado editado *Infortunios* bajo el doble nombre de Carlos de Sigüenza y Alonso Ramírez, hecho que acerca esta narración al género de la novela testimonial, tanto en los eventos como en el lenguaje. Nunca se podrá volver a hablar de *Infortunios*, sin mencionar de alguna manera esta aportación de Estelle Irizarry para probar la doble autoría.